

el transcurso de su vida debió tener más de cinco mil hijos, todos sietemesinos, con las incontables amantes sin amor que se sucedieron en su serrallo *HASTA QUE ÉL ESTUVO EN CONDICIONES DE COMPLACERSE CON ELLAS*. (Dejando de lado la imposibilidad —históricamente comprobada— de concebir *únicamente* varones hasta una cifra de cinco mil, la «sietemesinez» de los cinco millares de retoños advierte que hay una metáfora. Su presencia desvía la paternidad de esos hijos presidenciales hacia otros progenitores.) Debe observarse que los cinco mil hijos los paren sus concubinas ANTES de que él pueda complacerse con ellas —se paren «HASTA» que él está en «CONDICIONES»—. Respecto al uso que hace de sus concubinas hay párrafos realmente instructivos en las páginas 16, 114 y 163 —donde forzar a la dama recurriendo al vigor físico de terceros es una constante que se entremezcla con la incoherente peculiaridad de poseerla completamente *vestido*—, eso sin olvidar las «mercancías» que le envían por valija diplomática (p. 265) —«hembras de *carne sin hueso*... de las vitrinas de Amsterdam»—.

Volviendo al apelativo de «victorioso» que le adjudica sarcásticamente la muerte a la hora de la verdad, ¿es victorioso un presidente que cree «en cada instante de todas las horas de su larguísima vida de déspota» que lo pueden «tumba[r] antes de quince días» (p. 256), que es «más temible muerto que vivo» (p. 219), que protesta porque «éste no es el poder que yo quería» (p. 214) mientras «los asuntos del gobierno cotidiano seguían andando solos» (p. 130), y que quisiera largarse del patriarcado «para no sé dónde, madre, lejos de tanto entuerto» (p. 25)?

Pasemos a la muerte pública del tirano. Esta muerte, relatada en las cabeceras de los seis capítulos, tiene múltiples preguntas que no hallan respuesta lógica a menos que se aporten nuevos datos para solucionar las incoherencias de la escena fragmentaria. Las incógnitas son las siguientes: en primer lugar está el inexplicable deterioro del presidente en quien se han cebado los gallinazos; en segundo lugar extraña al lector que, después de haber buscado por toda la casa, no encuentren más que una espuela (p. 219); en tercero, está el asunto de los uniformes: que si todos le vienen pequeños, que si hay uno agujereado por seis balas disparadas por la espalda..., que si la tercera dentición del patriarca está formada por «unos dientes sanos, pequeños y romos» (p. 49). Es evidente que todas las *terceras denticiones* debidas —siempre— a la pericia de los dentistas son siempre *sanas* porque no estando constituidas por elementos vivos son inmunes a cualquier enfermedad y están formadas por dientes *pequeños* —como los de leche— porque nada más tienen la parte de la corona y, por lo tanto, son *romos* sin las puntiagudas raíces que los sujetan a las encías. Total, que el dictador es un viejete rijoso más desdentado que el cisne de Lohengrin.

Respecto a los gallinazos que han carcomido su cadáver (p. 8) hay que recordar que nunca los ha habido en la Casa del Poder porque si hubieran llegado a entrar en ella, ni las gallinas estarían tan tranquilas en el dormitorio de Leticia Nazareno (p. 48) ni habría cascarones de vacas agusanadas que exhalan su peste en todas direcciones desde la sala de audiencias, porque los negros carroñeros hubieran actuado de eficaces inspectores de sanidad. Haber gallinazos, nada más los hay en el jardín de los sauces donde el cuerpo presidencial tiene que haber sido colocado boca arriba —con toda intención ya que la muerte lo sorprende boca abajo (p. 268)— para que los gallinazos lo puedan desfigurar.

Puesto que han salido a la palestra, bueno será averiguar qué son esos versátiles gallinazos. La descripción que sobre ellos tiene el lector responde a los siguientes datos: color negro, posibilidad de volar y atacar —intentan *entrar* en la casa civil pero no consiguen permanecer *dentro* para continuar allí su función de carcomedores oficiales de cadáveres de vacas—. Si bien se piensa, lo único negro con capacidad de destrucción —y alineado ordenadamente como los gallinazos en las cornisas del hospital— son las negras balas ordenadas en los cargadores y que pueden «volar» contra las celosías de la casa civil para matar a las vacas refugiadas en su interior —cuyos cadáveres se agusanarán a falta de auténticos gallinazos que les monden los huesos—. Siendo los gallinazos balas —y revólveres y ametralladoras— queda explicado que el cuerpo del patriarca esté carcomido por las balas justicieras de quienes aún viven para vengar los ultrajes cometidos mientras el «maricón yacente» (p. 32) contaba con vida. También es justo que todos los uniformes le vengan pequeños (p. 49) porque el cuerpo presidencial *carcomido de balas* —re lleno de ellas— no ha perdido ni un solo gramo de carne y en cambio ha ganado en peso y volumen porque contiene más balas que agua una esponja.

Esas balas no han esperado a entrar en el cuerpo del patriarca a que éste estuviera muerto. Es evidente que el tirano muere en *contra* de su voluntad «que todavía no era su hora» (p. 269) y por el único procedimiento que *nunca* se espera un dictador: el atentado de un oficial que le descerraja «seis proyectiles de grueso calibre que ha[cen] estragos de incendio al entrar por la espalda y salir por el pecho» (p. 49).

Este atentado, del que sólo hay pruebas en el uniforme que se conserva en el dormitorio presidencial (p. 49), se describe con todo detalle en la escena de la página 122. Este atentado, en una primera lectura, aparenta no ser efectivo porque se oyen las órdenes del patriarca que manda descuartizar el cadáver del falso leproso. Pero no hay que olvidar que la narración la facilita un narrador que controla la mente del tirano hasta en sus deseos más íntimos —según se ha visto con ocasión del diálogo de la muerte—.

Es preciso observar atentamente los hechos y analizar el valor semántico de los términos reales que arropan la imaginaria escénica. Se explica cuidadosamente que el patriarca ve «*demasiado tarde* el destello instantáneo» —eso si lo ve, porque el uniforme tiene marcas de que el ataque es por la espalda—. El hecho es que cuando el patriarca se percata de que alguien empuña contra él un «revólver pavonado» y ve que «el índice trémulo» empieza a apretar el gatillo ya es *demasiado tarde*, ya es hombre muerto. Después de haber visto *demasiado tarde* la acción del agresor, el patriarca grita de sorpresa mientras se admira de que «su hora ha[ya] llegado» contraviniendo sus planes. Grita de dolor y de miedo al comprender que su atacante sólo ha «empezado a apretar el gatillo» y que nada lo detendrá antes de descerrajarle los otros cinco tiros. (Véase que los ingredientes de sorpresa y oposición a negarse a aceptar la realidad en las escenas de la muerte [p. 269] y del atentado [p. 122] son idénticos porque responden a dos lecturas —una real y otra metafórica— de la misma escena.)

El patriarca puede actuar y gritar o puede dejar de hacerlo según complazca al lector y según comparta el deportivismo lúdico del narrador, pero tanto si ataca a su agresor como si se queda quieto como una muñeca de trapo, lo único cierto es que el patriarca es hombre muerto desde ese «destello instantáneo» visto «*demasiado tarde*», ya que oye el alboroto de la guardia «desde OTRO MUNDO» (p. 123), mientras la «rabia» que lo invade no impide que su «resuello de horno» proyecte como en un «reguero de piedras» la «mierda» que empaparé sus pantalones (p. 123).

El patriarca ha muerto *privadamente* en pleno día a causa del atentado que le han preparado los militares más allegados. (Son ellos quienes con sus trajes de combate teñidos de colores de camuflaje parecen unos «leprosos», y son ellos quienes han cedido uno de sus uniformes al *falso leproso*, quien se ha disimulado entre sus filas hasta el momento «M»: «eme» de Muerte-al-Malvado-Mangoneante-rebozado-en-su-Mierda.)

Quienesquiera que hayan preparado el atentado no son unos chapuceros y por lo tanto saben que un dictador —aunque haya actuado en la forma más cruel y sanguinaria— no puede echarse a tiros de su silla presidencial —por más ilegal que haya sido la adquisición del derecho a colocar en ella sus posaderas—, por lo tanto tendrán que simular un fallecimiento totalmente natural para que la recuperación de un régimen democrático no tropiece con los obstáculos de la opinión internacional. La legalidad es absolutamente necesaria para que la transición hacia la democracia no tenga ninguna impugnación legal.

Llegado el análisis a este punto, cabría suponer que las personas implicadas en el magnicidio se disponen a llevar al patriarca a su habitación, mientras planean cómo dar aspecto natural al ajusticiamiento y —no pudiendo repri-

mir sus deseos de venganza— en lugar de depositarlo en su dormitorio lo tiran al suelo del jardín de los sauces donde todos aquellos que tienen un arma a mano la utilizan como blanco de sus rabias contenidas. Pero no es esto lo que sucede, ya que si no hubiera ningún hecho más entre la exhibición del cadáver del patriarca en el jardín de los sauces y el amortajamiento que se explica en las cabeceras de los seis capítulos, quedaría sin justificar la ausencia de una segunda espuela —le calzan «la *única* espuela de oro» que encuentran (p. 219)— que se ha extraviado en lo que debe ser una batalla campal que ha destruido la Casa del Poder como si por ella hubiera pasado un ciclón.

Los hechos se suceden así: al patriarca lo llevan a un lugar adecuado donde lavan su cadáver y, una vez vestido con sus ropas de dormir, lo depositan en el dormitorio. Mientras los herederos del reino tratan de ordenar el país antes de proclamar el fin de la tiranía, el grupo que recogió y aseó el cuerpo del patriarca lo ha amortajado y lo ha acostado sobre la mesa de la sala de audiencias con todas sus «medallas de guerra» (de guerras civiles, necesariamente), su uniforme de diez estrellas —«soles», porque él es más que nadie—, «el sable», «las polainas» y las «DOS espuelas de oro». Esta muerte es *en familia* porque después de este fin de semana, el pueblo —ese «animal dormido de la ciudad»— es «todavía *inocente del lunes histórico que empezaba a vivir*» (p. 7). A esta muerte nada más tienen acceso los habitantes de la Casa del Poder —vacas, sietemesinos, enfermos, perros y, naturalmente, gallinazos—. El pueblo ha oído demasiados fusilamientos secretos para que unos disparos más o menos puedan turbarlo. Así es que los habitantes de la Casa del Poder pueden entregarse tranquilamente a la defenestración —«se lo llevaron a rastras por las escaleras»— hasta dejarlo en el jardín de los sauces y, mientras unos disparan contra él, otros destruyen su imperio de pacotilla y de cartón piedra: «viva la libertad» en un carnaval feliz que vitorea la muerte del tirano (p. 33).

Así pues, el patriarca muere tres veces: *la primera* el día del atentado mientras está rodeado de sus íntimos —que termina en un enfrentamiento privado con la muerte en un estado de estupor en el que se confunde el sueño con la vigilia—. En *la segunda* su cuerpo será amortajado de «macho militar» y los militares —su familia más allegada— tendrán su fiesta propia con defenestración y ataque de gallinazos incluidos. Finalmente, Nicanor Alvarado será rescatado y reconstruido para cumplir con su *tercera* y última muerte —la oficial— porque el tiempo incontable de la eternidad de su mal gobierno «había por fin terminado». Valor, tenacidad y poesía han hecho posible lo increíble.

**María Eulalia Montaner Ferrer**